

FRANK E.
Peretti

EL profeta

Visite la apasionante página de Tyndale Español en Internet: www.tyndaleespanol.com

TYNDALE y el logotipo de la pluma son marcas registradas de Tyndale House Publishers, Inc. TYNDALE ESPAÑOL es una marca de Tyndale House Publishers, Inc.

El profeta

© 2009 por Frank E. Peretti. Todos los derechos reservados.

Publicado anteriormente en 1993 como *Profeta* por Editorial Vida bajo licencia de Crossway Books (ISBN 978-0-8297-1840-9).

Publicado en inglés en 1992 como *Prophet* por Crossway Books (ISBN 978-0-89107-618-6).

Prophet

Copyright © 1992 por Frank E. Peretti

Publicado por Crossway Books

un ministerio editorial de Good News Publishers

Wheaton, Illinois 60187, EE. UU.

Fotografías de la portada © 2002 por Tyndale House Publishers. Todos los derechos reservados.

Diseño: Jacqueline L. Nuñez

Traducción al español: Carlos Alonso Vargas

Edición del español: Mafalda E. Novella

Versículos bíblicos han sido tomados de la *Santa Biblia*, versión Reina-Valera 1960.

Copyright © 1960 Sociedades Bíblicas en América Latina; Copyright © renovado 1988

Sociedades Bíblicas Unidas. Usado con permiso.

Esta novela es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares e incidentes son producto de la imaginación del autor o son usados de manera ficticia. Cualquier semejanza a situaciones actuales, lugares, organizaciones o personas vivientes o fallecidas es accidental y fuera de la intención del autor o de la casa editorial.

ISBN 978-1-4143-2639-9

Impreso en los Estados Unidos de América

15 14 13 12 11 10 09
7 6 5 4 3 2 1

*A Jan y Lane,
verdaderos profetas por derecho propio*

AGRADECIMIENTOS

Debo mi más sincera gratitud a muchas personas valiosísimas cuya apreciable experiencia, ayuda y consejo sirvieron para hacer realidad el presente proyecto:

Susan, la presentadora de noticias, quien me permitió estar a su lado durante su jornada de trabajo para tener una percepción real de su labor.

Nick, el más entendido y práctico en todo lo referente a la actividad de juntar noticias, quien me orientó y revisó la exactitud de cientos de páginas.

Kevin el reportero y John el camarógrafo, quienes me llevaron consigo al campo de su actividad y expusieron sus puntos de vista con tanta franqueza.

El buen Roger, abogado, quien me ha ayudado con más de un libro, explicándome siempre las cosas para que yo pudiera entenderlas.

Bob el médico, quien me aconsejó sobre los aspectos médicos del relato y también revisó la exactitud de cientos de páginas.

Frank, un excelente policía que siempre estuvo a mi disposición.

Dana y Joe, dos hombres muy entregados en la profesión de las emergencias, que me enseñaron sus procedimientos.

Carol, la “Dama de Escarlata,” quien conoce de primera mano la industria de los abortos.

Randy y otros amigos quienes compartieron conmigo sus penas íntimas y me ayudaron a entender la experiencia del aborto.

Bueno, ustedes son los que merecen el elogio por todas las cosas que yo haya podido captar a cabalidad; los errores son culpa mía.

Gracias.

John Barrett oyó hablar a Dios cuando tenía diez años. Años después, lo único que recordaría con claridad acerca de aquella asamblea de un domingo por la noche en el Tabernáculo del Evangelio de Rainier era que había mucha gente y mucho sudor, en el centro mismo del calor estival. Y mucho ruido. Era el momento de la invitación al altar, al frente de la iglesia; los santos estaban orando y alabando, y no se trataba de ese tipo de adoración tranquila y meditativa, sino de la bulliciosa, ese tipo de adoración en que la gente echa atrás la cabeza y clama al Cielo, mientras las mujeres lloraban, los varones daban gritos, y el piano seguía tocando una y otra vez los acordes de "Yo me rindo a él, yo me rindo a él . . ."

El pastor Thompson, joven y entusiasta, acababa de pronunciar un sermón que le había llegado al corazón a John. Y cuando vino el momento de la llamada al altar y el pastor Thompson dijo: "Si esta palabra es para usted, si Dios le está hablando al corazón, le invito a que pase al frente, y a que ponga su alma sobre el altar . . ." John supo que Dios le estaba hablando a él, y pasó adelante, casi corriendo, para arrodillarse ante aquel largo reclinatorio de caoba, con el rostro enrojecido y los ojos deshechos en lágrimas.

"He aquí el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo," dijo el pastor Thompson, citando la Biblia. "¿Está usted dispuesto a recibir al Cordero esta noche? ¿Quiere usted encontrarse con Jesucristo?"

John estaba listo para recibir al Cordero, estaba listo para encontrarse con Jesucristo, y cuando invocó el nombre del Señor, pudo incluso ver un cordero, pequeño, tierno, inmaculado y blanco, ahí mismo frente a él, justo al otro lado del reclinatorio, tan cerca que habría podido extender la mano y tocarle la nariz. Posteriormente le dijeron que había tenido una visión, pero en aquel momento pensó que de veras había un cordero en la iglesia, tan real como cualquier otra cosa. El

Cordero de Dios, como había dicho el pastor Thompson. Fue algo muy real en aquel momento, tanto tiempo atrás. Fue un momento que de veras le conmovió el alma.

Pero aquel momento, con todos sus sentimientos, sus significados, sus palabras trascendentes y eternas, e incluso su pequeña visión, habría de desvanecerse con el paso del tiempo, y llegaría la hora en que John lo escondería en un rincón perdido y olvidado de su memoria.

No recordaría que había tratado con Dios, que había hecho un pacto con el Creador cuando no era más que un muchachito: "Señor, ven a mi corazón y quita mis pecados. Dios mío, te entrego mi vida. Úsame, Señor. Soy tuyo."

El recuerdo de la mano de su padre, puesta sobre su hombro, se desvanecería con el tiempo y con las ambiciones adultas, como también las palabras de su padre, pronunciadas con voz fuerte y profética al oído del niño, como procedentes del propio Dios: "Tienes un llamado, hijo mío, tienes un llamado. Te conocí antes que te formase en el vientre, y antes que nacieses te santifiqué a mi servicio. Camina conforme a mi Palabra, escucha mi voz, porque yo te hablaré y te guiaré en todos los senderos que emprendas. He aquí, estoy contigo todos los días . . ."

Él elegiría no recordar. ". . . reconócame en todos tus caminos, y yo enderezaré tus veredas . . ." Palabras buenas, útiles. Palabras olvidadas. "Y he aquí yo estoy contigo todos los días, hasta el fin del mundo . . ." No se acordaría.

Pero Dios sí se acordaba.

SEÑOR Gobernador, se lo suplico, examine su corazón y cambie de rumbo, porque si usted no lo hace, Dios se lo cambiará a usted. Aunque usted haya dicho en su corazón: 'Nadie ve, nadie oye,' sin duda que el Señor sí ve, y oye todo lo que usted piensa en su corazón, todo lo que usted susurra, todo lo que usted dice en su recámara privada. ¡No hay nada oculto a los ojos de aquel a quien tenemos que dar cuentas!"

Era septiembre, el viernes después del Día del Trabajo, todavía con sol, todavía de verano, y las sombras del atardecer apenas empezaban a extenderse. Multitudes de aturridos partidarios venían de sus casas, de sus trabajos, de una cena temprana o de las escuelas, para reunirse en la Plaza de las Banderas de La Ciudad, para el gran mitin de lanzamiento de campaña del gobernador Hiram Slater. Los sombreros de paja con el lema "¡Hiram ganará!" florecían ya profusamente, y flotaban sobre centenares de cabezas como hojas en un río. Ante el telón de fondo de las cincuenta banderas de los Estados de la Unión que ondeaban en la plaza, se había levantado un estrado, forrado de azul, adornado con globos rojos, azules y blancos y con banderas estadounidenses, pulcramente arreglado con filas de sillas plegables y embellecido con todo un jardín de crisantemos en macetas. Pronto iba a comenzar el mitin, y el gobernador Slater iba a pronunciar su discurso de lanzamiento de campaña.

Pero mientras la gente llegaba a la plaza, un hombre robusto, de pelo canoso, vestido con un mono azul de bodega, ya estaba dando otro discurso, de pie sobre el borde de un macetero de concreto, con flores a sus pies, y la cabeza muy por encima del gentío. El gobernador podía estar o no estar al alcance de sus palabras, pero fuera como fuera ese hombre le iba a gritar al gobernador, con su voz teñida de dolor y de desesperación.

"Como el antiguo Nabucodonosor, usted ha levantado una imagen de sí mismo para que todos los hombres la

sigan, una imagen altísima, una imagen potente, una imagen mucho más grande que usted. Pero, por favor, preste atención: el Señor quiere recordarle que usted no es esa imagen. Aunque usted diga: 'Soy fuerte e invencible; me levanto sobre las masas; nada puede tocarme ni hacerme daño,' en realidad ¡usted es tan débil como cualquier otro hombre, y está a punto de ser dañado, a punto de ser derribado!"

—¿Por qué no se calla, bocón? —gritó un contratista con barriga de bebedor de cerveza, que iba pasando.

—Debe oírse la Verdad, aunque abunde la mentira —replicó el hombre.

"¡Otra vez ese!" se quejó una madre que llevaba consigo a cuatro niños.

"¡Bájese de ese macetero!" ordenó un corredor de bienes raíces, con traje ejecutivo. "¡Ese no es lugar para usted!"

Una editora feminista radical contestó con la consigna: "¡Hi-ram ga-na-rá!"

Los que estaban cerca siguieron la consigna, coreándola cada vez más fuertemente, y se la gritaron al hombre por puro encono: "¡Hi-ram ga-na-rá! ¡Hi-ram ga-na-rá! ¡Hi-ram ga-na-rá!"

Lo habían aguijoneado. Con los ojos llenos de dolor, miró el rostro de ellos y rogó: —¡Jehová está en su santo templo; calle delante de él toda la tierra!

En medio del grito de la consigna, se pudieron oír algunas voces burlonas que respondieron fingiendo horror: —¡Uuuuuuuuh!

—Nuestro Dios está allí, siempre presente, y conmovido por nuestras debilidades. Él está hablando. ¡Debemos guardar silencio y escuchar!

—¡Hi-ram ga-na-rá! ¡Hi-ram ga-na-rá!

Detrás del estrado, oculto de los ojos del público por un telón azul, el gobernador Slater, de poca estatura, ya un poco calvo, con una voz atenorada que no resultaba impresionante, repasaba los últimos detalles con los organizadores del mitin.

—Treinta minutos —dijo—. Quiero treinta minutos, aunque ustedes tengan que recortar algo.

Wilma Benthoff, coordinadora de campaña del gobernador —y en este momento su ajetreada organizadora del mitin— se apartó del rostro la cabellera rubia, de rizos alocados, para poder ver la libreta de apuntes. —De acuerdo; tendremos el himno nacional, y luego Marv presentará a los dignatarios. ¡Marv! —Marv no la oyó; estaba atareado dirigiendo el movimiento de fotógrafos mientras que a la vez ataba globos en las gradas del estrado—. ¡MARV!

El la miró. —¡El gobernador quiere más tiempo, así que las presentaciones tendrán que ser breves!

El asintió y dijo algo que los otros no pudieron oír. Benthoff prosiguió: —Después tocará la banda . . . eh . . . Joyce, ¿cuántas piezas va a tocar la banda? —Joyce no la oyó; estaba parada demasiado cerca del trombonista, que estaba ensayando sus escalas—. Ah, que se olvide. Quitaremos una pieza. Yo le aviso.

El gobernador sintió una mano en su hombro. Era Martin Devin, uno de los miembros del alto personal del gobernador, que quería ser su futuro jefe de personal. Martin, alto, que en sus tiempos de universidad había sido jugador de fútbol americano, traía en el rostro una mirada de desprecio y de mofa. —Está presente nuestro viejo amigo, el profeta.

El gobernador echó una risita y meneó la cabeza. —No podía faltar —dijo, y se asomó furtivamente por la cortina; apenas pudo ver la cabeza del viejo encima del gentío—. ¿Qué estará pensando su hijo en este momento?

—¡Especialmente cuando vea el alboroto en su propio noticiero! Acabo de llamar a una amiga del Canal 6, y van a mover la cámara. Quieren captar la escena.

Al gobernador se le iluminó el rostro. —¡Tú siempre pensando, Martin, siempre pensando!

Devin asintió, aceptando el cumplido. —Así que bien puede ser que se nos esté presentando una oportunidad . . . —repuso.

Leslie Albright, reportera de noticias del Canal 6, se colocó cuidadosamente en el oído un auricular moldeado, y luego halló un minúsculo espacio de terreno donde pararse mientras Mel,

el camarógrafo de pelo largo, enfocaba su rostro con claridad. Había mejores lugares para tomar esta escena, mejores vistas de la plaza, mejores fondos escénicos, pero las órdenes eran órdenes. Algún día iba a matar a Tina Lewis.

“Efectivamente, John, aquí es donde comienza todo para el gobernador Hiram Slater . . .” dijo ensayando, con su voz profesional. “Sin dejarse arredrar por los resultados que muestran las encuestas acerca de su rival Bob Wilson . . .”

En una mano tenía su micrófono de NotiSeis, y en la otra los apuntes que había garabateado rápidamente, los cuales parecían querer zafársele de los tres dedos con que los sostenía. Trató de arreglarse el cabello rubio, alborotado por el viento, mientras examinaba su propio reflejo en la lente de la cámara. Ya había detrás de ella unos mirones que agitaban las manos para saludar a mamá por televisión.

“Sin dejarse arredrar por lo bien que está saliendo en las encuestas su rival . . . Aun cuando las encuestas muestran que Bob Wilson tiene bastante fuerza . . . eh . . . muestran que Bob Wilson está adquiriendo apoyo . . .”

—Nos quedan como diez minutos —crujió su auricular.

—Bien —contestó ella, y volvió a su ensayo. “El gobernador ha demostrado que él también tiene seguidores, como pueden verlo a juzgar por el gran gentío que está detrás de mí . . .” Y entonces se puso sarcástica sólo para desahogarse. “. . . cosa que habrían podido ver mejor si nos hubiéramos quedado en las gradas en vez de pasarnos para acá.”

Se ajustó el saco rojo de sastre y trató de volver a pensar bien su reportaje. El tipo que estaba ahí parado sobre el macetero, detrás de ella, no ayudaba mucho.

“¡La Palabra de Dios dice: ‘Antes que te formase en el vientre te conocí!’” gritó el hombre.

¡Ay, no! ¡Ahora va a salir con ese tema!

“Me gusta,” dijo Tina Lewis, productora ejecutiva de noticias.

Estaba en la cabina de controles del Canal 6 para este reportaje; sabía que iba a ser interesante.

Por sobre la consola donde estaban sentados el productor de la edición, la directora y el intercambiador de video, los

monitores que había en la pared parpadeaban con un caos visual, con diferentes cosas que sucedían en todas partes a la vez, tan rápido que unocasinopodíamantenerelritmo. Los Monitores Uno, Dos y Tres mostraban las imágenes de las tres cámaras del estudio en el escenario del noticiero abajo; el Monitor de Anticipo mostraba la imagen que vendría a continuación; el Monitor En el Aire indicaba lo que estaban viendo los televidentes. Los presentadores de noticias todavía estaban en medio del NotiSeis de las Cinco y Treinta, pasando los reportajes uno tras otro como vagones de un tren a toda máquina.

"Cámara Tres, de frente a John," dijo Susan, la directora.

La Cámara Tres avanzó. El Monitor Tres y el Monitor de Anticipo mostraron una imagen de primer plano de cabeza y hombros del apuesto presentador de noticias John Barrett, de unos cuarenta años, el cual miraba a la cámara.

"Panorámica para recuadro." La cámara se movió a la derecha. "Recuadro." El intercambiador de video apretó un botón, y un dibujo nítido de una lata de cerveza apareció en un marco en el ángulo superior derecho de la pantalla.

"A la Cervecería Bayley se le avecinan más dificultades," dijo John Barrett. "Desde el momento en que la Cervecería Bayley, en Tobías, otorgó su contrato de reciclaje de latas de aluminio a Materiales del Noroeste . . ."

"Casete Dos en espera." El Casete Dos apareció con una imagen inmóvil en el Monitor de Anticipo.

". . . los defensores del ambiente han estado echando espumas de furia y poniendo a fermentar toda una tormenta . . ."

"Rueda el Casete Dos." Se apretó un botón. Comenzó a rodar el Casete Dos.

". . . la cual podría estar llegando a su climax . . ."

Cuenta regresiva para Casete Dos: Tres, dos, uno . . .

". . . Ken Davenport tiene la información."

En el Aire, Casete Dos: una toma de la cervecería. Título al pie de la pantalla: "Cervecería Bayley." La voz de Ken Davenport sobre la imagen.

"Los miembros de la Junta Directiva de la Cervecería

Bayley efectuaron hoy una reunión a puerta cerrada para determinar si emprenderán alguna acción, y cuál . . .”

“En espera, Cámara Dos, de frente a Ali.”

En el Monitor Dos, Ali Downs, la copresentadora, una ex modelo con cabello negro azabache y ojos almendrados, estaba sentada y lista para dar inicio al siguiente reportaje.

En un monitor en blanco y negro cerca del cielo raso, Leslie Albright estaba de pie frente a la cámara de la unidad móvil, con el micrófono, el auricular, y el cabello bien arreglado, esperando su turno para informar. Detrás de ella se estaba armando una trifulca.

“¡Miren eso!” dijo Tina Lewis, casi estupefacta. “¡Por favor, miren eso!”

“¡Usted ha apartado la vista de la matanza que usted mismo promovió! ¡Usted ha arrebatado la vida a los inocentes!” dijo el hombre que estaba sobre el macetero. “El Señor formó nuestras entrañas. ¡El nos hizo en el vientre de nuestra madre, y sus obras son formidables y maravillosas!”

Eso era lo único que necesitaban oír algunos en el gentío. Hiram Slater era un gobernador pro-elección, y el gentío allí presente también era pro-elección. Las cosas comenzaron a expresarse a viva voz.

—¡Usted vino al mitin equivocado, viejo!

—¡No se meta con mi cuerpo, con esas ideas intolerantes!

—¿Por qué no va alguien a bajarlo de ahí?

Y en medio de todos los gritos y amenazas, “¡Hiram ganará!” nunca se perdió ni una sílaba.

A Leslie le pareció oír una pregunta por el auricular. Con una mano se tapó el otro oído. —Repítelo, por favor.

Era Rush Torrance, productor de la edición de noticias de las Cinco y Treinta. —John todavía necesita tener en el guión una pregunta para cerrar tu paquete.

—Eh . . . —Leslie miró tras de sí, al gentío que se agitaba más y más—. Las cosas están cambiando muy rápidamente por aquí. Tal vez quiera preguntarme algo sobre el asunto del aborto . . . es decir, cómo eso puede estar afectando la atmósfera del mitin.

—Entonces . . . ¿cómo quieres que esté redactada? ¿Quieres que él . . . —El hombre del macetero estaba gritando algo, la multitud gritaba todavía más fuerte que él, y todos a más volumen que la voz de Rush en el auricular.

—¡Lo siento, no te puedo oír!

—Le voy a decir que te pregunte por las cuestiones candentes, ¿de acuerdo? El te va a preguntar cómo se ven las cosas desde donde estás parada. ¿Cuál es tu frase de salida?

—Eh . . . Voy a terminar así: “Esta campaña podría ser una emocionante carrera en montaña rusa para ambos candidatos, y todo el asunto va a comenzar dentro de pocos minutos.”

—Perfecto. Lo capté.

Leslie se estaba poniendo nerviosa, temiendo que alguien le diera un codazo en las costillas o le lanzara algo a la cabeza en cualquier momento. Le preguntó a Mel, el camarógrafo:

—¿Te parece que nos movamos un poquito hacia atrás?

—No —dijo Tina Lewis. En el estudio podían escuchar todo lo que decía Leslie—. Quédense ahí mismo. Lo estamos viendo todo. Se ve fantástico.

Rush Torrance transmitió el mensaje por su micrófono.

En el monitor, Leslie se encogió un poco pero se quedó donde estaba, mientras que el gentío detrás de ella se volvía más denso y ruidoso. Se veían puños que se agitaban en el aire.

El hombre del macetero resultaba claramente visible por encima del gentío, gesticulando y gritando: “¡Escúcheme! ¡Ni el volumen, ni las consignas, ni los números, ni la repetición, ni la cobertura televisiva convertirán en realidad una mentira!”

Entonces algunos concurrentes comenzaron a agitar perchas como símbolos de pro-elección.

Tina se rió. “Saben que están en las cámaras.”

“Tú entras después del corte,” le informó Rush a Leslie.

“Estate atenta.”

En las pantallas de televisión por toda la ciudad y más lejos aún, Ali Downs hacía el cierre de un reportaje: “Los legisladores tienen la esperanza de que este paso ayude a tiempo a

los obreros desplazados de la industria maderera, pero dichos obreros dicen que lo creerán cuando lo vean."

Toma doble: John Barrett y Ali Downs sentados ante el amplio mostrador del noticiero, de color negro y cromo. En el trasfondo, arriba, las grandes letras azules con el título "NotiSeis." En el centro del trasfondo: pantallas falsas de monitores de televisión con caras, lugares y títulos inmovilizados en fotos. En la parte izquierda del trasfondo, a través de una ventana falsa, un panorama falso de la ciudad.

John Barrett dio inicio a la introducción: "Dentro de unos instantes, la campaña de reelección del gobernador Hiram Slater comienza con un mitin a nivel de toda la ciudad. Estaremos en vivo en la Plaza de las Banderas, para ponernos al tanto."

Ali la concluyó: "¿Y qué le parece una carrera de iguanas a favor de su salud? ¡Véalo usted mismo!"

La pantalla hizo un corte hacia el video: unas iguanas tocando y lamiendo la lente de la cámara.

Anuncios comerciales.

"Muy bien, Leslie," dijo Rush. "Vamos contigo en dos minutos."

El gobernador echó un vistazo a sus apuntes. Si las cosas seguían como iban, tal vez iba a tener que cambiar un poco su texto. —Parece que las cosas se están caldeando allá afuera —le insinuó a Martin Devin.

Devin acababa de regresar de un paseo de observación del público asistente. —Señor Gobernador, usted tiene a la gente, y tiene las cámaras. Creo que debemos aprovechar eso.

—¿Tiene algo en mente?

Devin bajó la voz. —Creo que podemos lograr que las cosas se alboroten un poco más. Eso podría agitar un poco las emociones, poner de veras a la gente del lado suyo, y captar la atención de los televidentes.

El gobernador le echó una mirada a su reloj. —Ya van a ser las seis. ¿A qué hora nos cubre el Canal 6?

Devin miró su propio reloj. —En cualquier momento. Creo que quieren cerrar la edición de las Cinco y Treinta con una

transmisión en vivo, y luego regresar en la de las siete para cubrirnos otra vez.

El gobernador consideró la idea, y luego sonrió. —De acuerdo. Estaré listo.

Devin sonrió y se fue de prisa.

En un pequeño espacio detrás de unos árboles, fuera del campo de visibilidad, marcó un número en su teléfono celular. “Sí, Willy; estuvo totalmente de acuerdo.” Miró su reloj. “Fíjate bien en aquella reportera rubia que está allá abajo. Entra en acción cuando ella lo haga.”

“Quince segundos,” dijo Mardell, la atractiva directora de escena, de raza negra, que estaba detrás de las cámaras.

“Leslie estará a tu derecha.”

John Barrett miró inconscientemente a la derecha. En sus hogares, los espectadores verían a los presentadores mirando una gran pantalla en la que aparecía Leslie Albright. En el estudio, John y Ali estarían mirando hacia un espacio vacío, fingiendo que allí había una pantalla.

Mardell fue contando silenciosamente con los dedos. Cinco, cuatro, tres, dos, uno . . .

En la cabina de control, Leslie había saltado del monitor en blanco y negro al gran Monitor de Anticipo, el cual era en colores, y el panorama era impresionante. Allí estaba ella, visiblemente tensa y con el pelo alborotado a pesar de todos sus esfuerzos, manteniéndose firme a medida que un mar de gente enfurecida hervía y burbujeaba detrás de ella y un hombre solitario continuaba su lucha por hacerse oír sobre el tumulto.

En el Aire, John Barrett hizo la introducción al reportaje, mirando hacia la Cámara Tres y leyendo el guión en el teleapuntador, que se reflejaba en el cristal sobre la lente de la cámara. —Pues bien, hoy es el primer día de la campaña de reelección del gobernador Hiram Slater, y ahora mismo tenemos a Leslie Albright en la Plaza de las Banderas para el gran mitin de lanzamiento. —Tanto John como Ali Downs viraron y se pusieron a mirar a la pared—. ¿Leslie?

En los televisores de las casas se veía a Leslie en lo que parecía ser una pantalla de un metro por metro y medio levantada a un extremo del mostrador del noticiero.

Leslie miró directamente a la cámara y dio inicio a su reportaje tal como lo había ensayado: "Efectivamente, John, aquí es donde comienza todo para el gobernador Hiram Slater. Aunque las encuestas muestran que Bob Wilson está adquiriendo apoyo, el gobernador ha demostrado que él también tiene seguidores, como pueden ver, a juzgar por el gran gentío que está detrás de mí."

Mientras que en sus hogares los televidentes veían cómo la toma de Leslie saltaba desde la pantalla que no estaba ahí hasta la pantalla completa de sus televisores, no quedaba muy claro qué era exactamente lo que significaba aquella gran turba, a no ser un motín inminente.

Pero cuando John miró de soslayo su propio monitor, que estaba oculto tras la parte de arriba del mostrador del noticiero, su atención se dirigió a aquel personaje solitario que destacaba por sobre el gentío, moviendo la boca y haciendo ademanes. Daba la impresión de que era él quien estaba dirigiendo a la turba.

"Rueden el Casete Uno," dijo Susan, la directora, y el reportaje de video preparado por Leslie comenzó a pasar en la pantalla, narrado por la voz pregrabada de Leslie.

Video: el gobernador saludando a la gente, estrechando manos, haciéndole saludos a una multitud.

Voz de Leslie: "El gobernador Slater admite que va a ser una campaña difícil, pero insiste en que está listo para la batalla y que no escatimará esfuerzos."

Video del gobernador siendo entrevistado. Sonido. El gobernador: "Creo que de veras estamos comenzando con ventaja. Estos últimos cuatro años son evidencia clara de nuestros logros, y yo me fundamento en esa evidencia. Hemos avanzado en el campo de la educación, las oportunidades de empleo y los derechos de la mujer, y vamos a seguir trabajando en esas esferas."

El rostro de John se estaba sonrojando cada vez más, y se notaba, incluso a través del maquillaje. Mientras miraba el monitor de la cámara en vivo, que mostraba lo que la cámara de Mel captaba en ese preciso instante, todavía podía ver a aquel agitador de pie sobre el gentío. El monitor no tenía sonido, pero no le costaba imaginar lo que el viejo estaba gritando. John no se atrevió a decir una palabrota; tal vez estaba en el aire. Por lo menos el video de Leslie todavía estaba en el aire y la gente no estaba viendo lo que él podía ver en ese momento.

Leslie estaba bajando la cabeza y mirando tras de sí, por lo menos mientras seguía corriendo el reportaje en video. Seguía tratando de escuchar por su auricular la siguiente frase que le daría paso al aire.

La gente estaba empezando a gritar rítmicamente: “¡Pro-vida, palabras huecas; no les importa que las mujeres se mueran!”

John tomó su teléfono del mostrador para hablar con Rush Torrance.

“¿No podemos sacar de pantalla a ese loco? ¿Rush, estás ahí?”

No hubo respuesta. Ya Leslie volvía a pantalla.

Mel, el camarógrafo, asintió furiosamente con la cabeza:

“¡Que sí, estás en el aire, estás en el aire!”

Leslie se enderezó, sostuvo el micrófono con su mano temblorosa, y dijo casi a gritos su frase de entrada:

“De modo que esta campaña, John y Ali, podría ser una emocionante carrera en montaña rusa para ambos candidatos, y todo el asunto” —en eso alguien dio un alarido— “. . . ¡todo el asunto va a comenzar dentro de pocos minutos!”

El anciano del macetero no podía creerlo. De repente dos personajes a quienes jamás había visto en su vida —uno de ellos de pelo lacio y una calva en la coronilla, y el otro de pelo negro, robusto y tatuado— salieron de la nada y comenzaron

a dar puñetazos al público, golpeando a hombres, mujeres, a quien fuera . . . ¡y a favor de él!

“¡Cochinos mataniños!” gritó uno.

“¡Aleluya!” gritó el otro.

“¡No . . . no! ¡No hagan eso!”

Demasiado tarde. Algunos entre el público estaban pasando ya de los gritos a los golpes.

“¡No! ¡Así no se resuelve la cosa!” ¡*Puf!* Algo que sonó como una lata rebotó sobre la cabeza del hombre. Unas manos le agarraron las piernas. Él comenzó a tirar en dirección contraria, como bailando sobre el macetero.

John lo podía ver todo en su monitor del mostrador del noticiero, y también lo podían ver todos los espectadores que estaban mirando las noticias en ese momento. Ya John había recibido la frase de entrada, pero la mente se le quedó en blanco. Buscó su guión y encontró la pregunta que debía formular, garabateada en el último minuto. —Eh . . . Leslie . . . esta . . . eh . . . esta campaña parece estar cargada de muchos asuntos candentes . . . ¿cómo se ven las cosas desde donde estás tú?

Leslie estuvo a punto de decir: “¿Cómo crees tú que se ven?” pero se limitó a replicar: —Creo que ustedes mismos pueden ver el panorama, John y Ali. Y si no se oponen, creo que vamos a alejarnos un poco para que podamos seguir cubriendo la noticia desde una distancia más segura.

—¡No! —gritó Tina Lewis—. ¡No pierdan esa toma!

—Quédense ahí —ordenó Rush por su micrófono.

Leslie se movió a un lado, saliendo de escena. Si había oído la orden, no daba indicios de hacer caso. La escena se estremeció, se torció, se meneó. Mel estaba moviendo la cámara.

“¡Que se queden ahí!” ordenó Tina. “¡Mel, quédate ahí!”

La cámara volvió a quedar en posición fija. Mel había colocado el trípode.

Leslie no estaba en la cámara: sólo el gentío, el alboroto.

El productor Rush Torrance dio la orden gruñendo por su micrófono mientras arrancaba unas páginas del guión del noticiero y las tiraba al suelo. “Vamos a eliminar el 480, el Niño Piloto, y el 490, la Carrera de Iguanas. ¡Nos quedamos con esto!”

“¡Ah, fabuloso!” gimió John.

Desde un costado del macetero, un hombrón negro, con los ojos como tizones, saltó hacia el gentío. “¡Si lo que quieren es pelear, yo les enseñaré a pelear!”

Persiguió a aquellos dos intrusos que habían empezado el pleito. Encontró al primero, el tipo de pelo lacio con la calva, y lo dejó fuera de combate con un acertado puñetazo en la mandíbula. El otro, el grandote de los brazos tatuados, fue un poco más difícil para él, y los dos cayeron al pavimento, llevándose en banda a varias personas más.

Por fin tres grandes deportistas universitarios pusieron sus garras sobre el anciano y lo forzaron a bajarse del macetero, trabándolo en una dolorosa llave con los brazos tras la espalda. “¡A ver, viejo! ¡Terminó la fiesta!”

Él tenía el rostro contorsionado de dolor y de temor mientras ellos comenzaron a obligarlo a avanzar, casi cargándolo hacia afuera de la plaza, dos de ellos sosteniéndolo desde atrás, otro halándolo el pelo, mientras que el cuerpo del profeta se doblaba hacia el frente, perdía el equilibrio, pisaba en falso, tropezaba. Gritó.

De súbito —pareció como una jugada violenta y a tum-bos de fútbol americano— el hombre negro irrumpió de en medio del gentío, abriéndose paso a codazos hasta que alcanzó al anciano. Con su enorme peso y sus robustos brazos agarró por el cuello a los dos primeros hombres y les golpeó la cabeza una contra la otra como si fueran melones. Los dos quedaron noqueados, cayendo hacia atrás y soltando a su presa. El tercero soltó de inmediato el pelo del anciano y sólo trató de defenderse, poniéndose los brazos frente al rostro.

“¡No, Max, no lo hagas!” gritó el anciano.

Pero Max sí lo hizo: agarró del cabello al joven. “¡Para que

veas cómo se siente eso, tonto!" Lo lanzó contra la turba, donde varias personas cayeron como bolos.

Mel mantuvo su cámara cubriendo toda la escena, captando los cuerpos que chocaban, los letreros de MANTENGAN LA LEGALIDAD DEL ABORTO que volaban por el aire, y las banderas que se agitaban. No había cómo saber quién estaba en cuál bando o quién iba ganando, pero eran tomas emocionantes, sin duda alguna.

John no pudo decir ni una palabra, de modo que Ali intervino: —¿Leslie? Leslie, ¿estás con nosotros todavía?

La voz de Leslie vino desde afuera de la cámara, mientras la cámara captaba al primer policía que aparecía en escena. —Sí, Ali y John, estamos ahora a una distancia segura y, como ustedes pueden ver, la policía está interviniendo, de modo que la cosa debería despejarse muy pronto.

—¿Tienes alguna idea de qué fue lo que provocó esto?
—preguntó Ali.

John sí que lo sabía; él nunca habría hecho esa pregunta.

Leslie contestó: —Bueno, eh . . . tal vez ustedes vieron a aquel hombre que estaba al fondo, el que le estaba gritando al gentío . . .

—Sí, y creo que los televidentes lo vieron también.

—Pues bien, ese hombre era evidentemente antiabortista, y como todos sabemos, ese es uno de los temas candentes de esta campaña, y creo que allí atrás había un desacuerdo muy fuerte.

"Treinta segundos. Cierren." Se oyó la voz de Rush en los auriculares.

Ali concluyó así: —Bien, aguanta, Leslie, y nos informarán más ampliamente esta noche en la edición de las siete. Ten cuidado.

—Claro, estaré aquí, en el lugar de los hechos.

John sólo pudo decir a la Cámara Dos: "Y así concluye NotiSeis de las Cinco y Treinta. Permanezcan en nuestra sintonía para el 'Noticiero Vespertino de CBS,' y nos veremos de nuevo a las siete."

“¡Hasta pronto!” dijo Ali.

Música de identificación. Vista amplia del estudio. Créditos. Los presentadores comienzan a charlar informalmente, sin que se oiga, con los anunciadores del tiempo y de los deportes, mientras juntan y barajan sus guiones. Anuncios.

—Mel —dijo Tina Lewis—, ¿me oyes?

—Sí, todavía llegas —repuso la voz de Mel. Sonaba un poco emocionado.

—Mantén continuamente la escena. Sigue filmando. Usaremos parte de esto a las siete.

—Bien.

Tina y Rush se quedaron mirando el monitor de la cámara en vivo mientras Mel hacía un acercamiento al policía que agarraba al anciano y a su amigo negro, sacándolos a la fuerza de entre el gentío. Los pies del anciano ni siquiera iban tocando tierra.

El anciano iba regañando a su amigo mientras el policía los arrastraba. —¡Max, no debiste haber hecho eso!

Max estaba resoplando, sudando, demasiado enojado como para hablar. Lo único que pudo hacer fue insultar al anciano, insultar a la gente, y forcejear contra los cuatro policías que se necesitaron para contenerlo.

—Vamos, tómenlo con calma —dijo un policía, blandiendo su bastón.

El anciano le refunfuñó a su amigo: —¡Max, ahora tienes que cooperar! ¡No puedes darte el lujo de empeorar las cosas!

Max entró en razón y se calmó con una prontitud poco natural. —Lo siento, oficial. No tenía intención de causar problemas.

—¡Ustedes dos se alejan de aquí ahora mismo, o los vamos a encerrar! ¿Me entienden?

—Claro, nos iremos de inmediato —dijo el anciano.

—Sí, nos vamos.

El policía los dejó ir en los alrededores de la plaza, y ellos se alejaron de prisa, agradecidos de estar libres.

En cuanto a los dos extraños que habían dado los primeros puñetazos, no se les veía por ninguna parte.

Martin Devin era todo sonrisas cuando se presentó de nuevo ante el gobernador. —¡Usted debió haber visto eso!

—¿Salió al aire?

—Lo sabremos en un instante. Pero ese camarógrafo realmente se esforzó por cubrirlo.

—Bueno, lo aprovecharemos.

Las cámaras del estudio se habían apagado; la edición del noticiero había acabado. Ali y John se quitaron los auriculares y los micrófonos de solapa. El escenario del noticiero estaba ahora aislado del exterior, y ya no era más que un pequeño y vacío cajón de madera.

—Pobre Leslie —dijo Ali—. Se suponía que esa iba a ser una tarea fácil.

Pero John ni la escuchó, mientras tomaba el teléfono del mostrador. —¿Rush? ¿Rush? Póngame a Rush, por favor.

Golpeó el auricular. Por lo visto no era posible hablar con Rush.

Ali lo miró de arriba abajo por un momento. —¿Qué es lo que pasa?

John la fulminó con la mirada, sin intención. Pero por ahora fulminar con la mirada era lo único que podía hacer. —¡Ah! Ese . . . ese reportaje tonto . . . —Agarraba su guión y se alejaba del mostrador, más refunfuñando para sí que respondiendo a la pregunta—. De entre todo lo que pudimos haber sacado al aire, tuvimos que sacar precisamente eso . . . y ahora lo vamos a ver una y otra vez hasta que lo gasten . . .

John dio un rodeo por detrás de la pared de fondo del escenario de noticias, hecha de salientes y de contrachapado, y pasó de inmediato a la sala de redacción, un piso grande, abierto, de alfombra gris, dividido en pequeños cubículos, cada uno de ellos con un escritorio, un teléfono y un monitor de computadora, donde los reporteros, productores, editores y presentadores trabajaban en recolectar, filtrar, condensar, cortar y compilar las noticias de cada día.

¿Y dónde estaba Rush? ¿Dónde había alguien que se responsabilizara de esto?

La sala estaba relativamente callada, ahora que acababan de pasar las seis de la tarde. La edición de las Cinco y Treinta había terminado, y la mitad del personal se había ido a sus casas. El productor de la edición de las Siete, Pete Woodman, ya había elegido el material que pasaría, y ahora sus cinco colaboradores, sentados por aquí y por allá en diversas partes de la sala, estaban dando los toques finales a la edición, actualizando el guión, haciendo ajustes en los videos, reubicando los reportajes y poniéndolos en orden de prioridad.

Ah, y allí estaba Rush, sentado ante su escritorio en el rincón, en medio de una apresurada e improvisada reunión sobre guiones con Pete Woodman. Sin duda tenía que ver con este último acontecimiento. ¡Vaya! La cosa tenía tanta fuerza que iba a ser incontenible.

—Leslie está allí en este momento —estaba diciendo Rush—, y Mel tiene tomas del alboroto si las quieres. Es excelente material . . . se ve realmente muy bueno.

Pete estaba repasando su guión para la edición de las Siete, explorándolo con la punta de su bolígrafo. —Entonces supongo que ahora Leslie está cubriendo el discurso del gobernador. Tengo eso asignado cerca del principio.

Rush miró su reloj. —Según el horario, él debía comenzar el discurso como a las seis y cuarto. Él quería aparecer en la edición de las Siete, de eso estoy seguro. —Levantó la vista—. ¿Qué tal, John? Buena edición.

—Hola . . .

Rush regresó a su conversación con Pete: —Así es que Leslie debe transmitir eso en cualquier momento.

—Muy bien. Bill lo está esperando. —De manera que la edición de las Siete iba a presentar las partes sobresalientes del discurso del gobernador. Sin duda Leslie y Mel ya lo estaban transmitiendo por microondas a Bill, en la sala de montaje. Bill, el editor más veloz del Canal 6, lo estaba grabando en una cinta en ese preciso momento, y luego trabajaría con uno de los redactores para encontrar los segmentos más sensacionales de imagen y de sonido, a fin de juntarlos unos con

otros para una presentación en la edición de las Siete. Y si de veras quería atraer la vista y los oídos de los espectadores, qué mejores tomas que . . .

—Entonces, hay que darle a Bill esa cinta del alboroto —dijo Pete—. Eso realmente daría una sensación del . . .

—Sí —completó Rush la idea—, del calor de los puntos en discusión, del hervor de la campaña. Eso le vendrá a pelo al lanzamiento de campaña del gobernador.

—Y es de eso de lo que quisiera hablarte yo —interrumpió John.

—¿Ah, sí?

—Esas tomas, Rush. Yo . . . simplemente no sé qué pensar de eso.

Rush, que no era mucho más que un niño con un rizo rubio que le colgaba en la frente, tenía buenas aptitudes de productor. Podía armar una edición de noticias bien apretada y emocionante, podía sacar un reportaje de la nada, podía con gran inventiva desafiar el tiempo para cumplir con los plazos. Pero una cosa que no podía hacer era comprender, ni mucho menos soportar, las mezquinas reservas y obstáculos del “talento” de la televisora.

—¿Cuál es el problema con eso?—dijo Rush, con más cortesía que interés.

John titubeó a la hora de tratar de encontrar una respuesta. —Bueno, es que . . . es violento, es . . . quiero decir, creo que no es de buen gusto.

—Creo que fue algo que sucedió —contestó Rush brusca-mente—. Sucedió, y nosotros estábamos allí, y eso lo hace noticia. Dame el nombre de alguna otra televisora en este mercado a la cual le cayera directamente en su regazo una oportunidad como esta.

Muy bien, pensó John, a que yo soy igual de terco que él.

—Yo diría que el pleito fue una oportunidad, sí —repuso—. Pero ese loco religioso allá en el fondo . . . tú hiciste lo posible para que se viera, ¿verdad? Tú querías que apareciera allá en el trasfondo.

Rush se puso a la defensiva en ese preciso punto, levantando las manos. —Bien, bien . . . No se discute más . . . Sin

comentarios. Si tienes problemas con el asunto, habla con Tina. Fue de ella de quien recibí órdenes. Me gustó toda la idea. Todavía me gusta, y lo volvería a hacer; pero para este punto específico, habla con Tina. Es con ella con quien tienes un problema.

Y dicho eso, Rush volvió a su consulta con Pete como si John ni siquiera estuviera allí parado.

Tina Lewis, una profesional pulcramente vestida, se quitó sus anteojos con marcos a la moda mientras sus pulseras de oro tintineaban, y luego contempló a John con ojos incrédulos. —Vamos, John, nos quedan cuarenta minutos para la edición de las Siete, ¿y lo que me está diciendo es que cambie el reportaje principal?

—Pues bien . . . —John estaba frustrado y enojado. El tiempo, unos pocos minutos no más, había degradado sus inquietudes originales, haciéndolas pasar de posiblemente legítimas a la categoría de tontas y estrambóticas—. Yo no tenía la menor idea de lo que Leslie iba a estar sacando en pantalla. Si lo hubiera sabido, habría dicho algo antes, y ahora . . . desde luego, es demasiado tarde y mis inquietudes ya no valen la pena, y . . . —Extendió las manos en señal de rendición, y dio media vuelta para salir de la oficina—. Tengo que preparar una promoción.

—John . . . —Tina se hundió en su silla y apoyó los codos en el escritorio—. Lo siento si la situación resulta incómoda para usted. Pero cuando las noticias suceden, es nuestra tarea el informar al respecto. Usted lo sabe bien.

John se volvió hacia ella y respiró deliberadamente para controlarse. Habló lenta y cuidadosamente. —Tina, tengo veinticuatro años de trabajar en la actividad informativa. Le pido que no use esa frase conmigo. Yo la he empleado con demasiada frecuencia. Me la sé de memoria.

Entonces comenzó el forcejeo a ver cuál de los dos lograba seguir comportándose por más tiempo como un profesional comedido y controlado.

Lewis comenzó a hablar lentamente, con tonos medidos con esmero. —No se me ocurriría usar una frase hecha con

usted, señor Barrett. Y me decepciona un poco que alguien que tiene una experiencia de veinticuatro años no logre todavía separar su profesión de sus asuntos personales.

—Usted decidió ponerlo a él en el trasfondo —dijo John llanamente—. Usted pudo haber sacado tomas del estrado, de los estandartes, de las banderas en la plaza, de cualquier cantidad de trasfondos, pero decidió mostrarlo a él. ¿No es cierto?

Ella hizo una mueca y meneó la cabeza como si nunca antes se hubiera topado con semejante insensatez. —John, yo no estaba ahí; y que yo sepa, él nunca nos llamó para decirnos: “Miren, voy a predicarle al gentío allí en la entrada de la Calle Cuatro, así que ¡vengan y me sacan por televisión!”

John la señaló con el dedo, indicio de que estaba perdiendo la paciencia. —Usted estaba en la cabina de control. Usted estaba dando las órdenes. Usted tomó la decisión.

Ella dejó salir un suspiro de desagrado, y dijo: —Muy bien. Usted se siente avergonzado. ¿Acaso es problema mío? ¿Acaso el asunto tiene que ver siquiera con la actividad en que estamos?

John miró el reloj que estaba en la pared. El tiempo, jefe de todos los jefes, le estaba mandando salir de la oficina.

—Tengo que hacer la promoción esa.

La última palabra fue de ella: —Lamento que no podamos resolverle a usted este asunto. Pero la verdad es que es problema suyo; usted es el único que se encuentra en condiciones de hacer algo al respecto, y yo en su lugar sin duda lo haría.

Él se limitó a darle la espalda y salió.

John entró a la sala de maquillaje para revisarse el rostro en el gran espejo iluminado. El maquillaje de las Cinco y Treinta todavía le servía. Lo que necesitaba un cambio era la expresión de su rostro. *Vamos, muchacho, relájate. Nadie quiere mirar eso.*

De vuelta en la sala de redacción, se quitó el saco y lo colgó en un perchero exactamente en el momento en que Pete Woodman le entregaba el guión para la promoción. Le

echó una mirada al guión cuando se sentó en el banco que había frente a la cámara de *flash*, una pequeña cámara de televisión colocada exactamente detrás de la pared posterior del escenario del noticiero. Era allí donde se hacían todos los segmentos en vivo desde la sala de redacción. Resultaba un arreglo útil, casi un estudio de televisión de un solo hombre: una cámara de control remoto, algunas lámparas, un teleapuntador a control remoto.

John revisó el monitor e inclinó levemente la cámara hacia arriba con el control remoto. Ahora estaba centrado en la pantalla. El teleapuntador que estaba delante de la cámara estaba alimentado y listo. Se colocó en la oreja el auricular de la cámara de *flash*, para poder oír la frase de entrada cuando se la dijeran desde la cabina de control.

Muy bien. Un monitor en el aire mostró que ya finalizaba el "Noticiero Vespertino de CBS." A continuación, dos promociones del noticiero de la CBS.

"Cinco segundos," se oyó la voz de Pete Woodman.

Identificación de la red televisiva: "Aquí la CBS."

"Dos, uno . . ." Música de identificación.

John apareció en las pantallas de televisión de La Ciudad, en mangas de camisa y con la corbata floja, dando la impresión de que había estado trabajando arduamente en la sala de redacción que se veía detrás de él. Título en la parte inferior de la pantalla: "John Barrett, NotiSeis."

John fue directamente al grano, mientras sus ojos recorrían fluidamente el guión del teleapuntador.

"Les habla John Barrett. Dentro de sólo media hora en NotiSeis de las Siete, el mitin de lanzamiento de campaña del gobernador Slater . . ."

El video comenzó a correr. Una escena temblorosa, con movimientos de cámara, que mostraba cuerpos en lucha. El anciano que rechazaba a sus atacantes, y luego era arrancado del macetero e introducido en la multitud.

"El gobernador entró peleando . . . y se desataron algunas peleas. Tendremos información en vivo a las siete."

Nuevamente John en la pantalla. "También tendremos más información sobre los dos estudiantes de secundaria que

se perdieron en la montaña. Ya llevan veinticuatro horas de estar perdidos; no llevaban indumentaria apropiada para la intemperie, y sin duda en la montaña el tiempo es cosa seria. Esos reportajes, y un resumen del resto de las noticias del día, esta noche en NotiSeis de las Siete."

Anuncio.

Bien, ya estaba. Veinticinco segundos. Ahora a corregir el guión para la edición de las Siete, y esperar que el gobernador tuviera algo interesante que decir, algo que atrajera la atención de nuevo hacia él y su campaña.

"El gobernador entró peleando, y se desataron algunas peleas," repitió John en tono burlón, sentándose frente a su escritorio e invocando el guión en su computadora. "¡Lo voy a matar!"